

## Horacio Armani: el poeta, el hombre

Toda obra de arte tiende a su finalidad y ello ocurre cuando el lector o el trabajo hermenéutico de la crítica esclarecen sus significados. Voy a recordar a Horacio Armani cuando se están por cumplir diez años de su fallecimiento y a destacar los rasgos eminentes de su obra. Como aquí se filtra mi subjetividad, diré que nos separaban exactamente veinte años de edad y que compartimos durante más de cuarenta el gusto por la poesía. No de otra índole fueron nuestras conversaciones cada vez que nos encontramos en Buenos Aires y en Mar del Plata, en donde pasamos jornadas felices.

Conocí a Horacio en la redacción de “La Nación” de la calle San Martín cuando yo tenía poco más de 20 años. Él había escrito una crítica elogiosa de mi primer libro, y alguien me dijo que era costumbre agradecer el estímulo al autor. Así es como fui –tímido pero fortalecido- al piso donde se creaba el prestigioso “Suplemento literario”, dirigido en esos años por Leónidas de Vedia y también asistido por nuestro querido Jorge Cruz. Para aliviar mi cortedad, Horacio me dedicó su libro más reciente, con una dedicatoria en la que puso la palabra “amistad”, seguida de la expresión “fe en la poesía”.

Pasaron años y una enfermedad me obligó a una internación hospitalaria. Llevé conmigo la *Antología* (1971) de Eugenio Montale que, en su traducción, había publicado “Fabril Editora”. Su lectura me ayudó a mitigar las horas de incertidumbre, ya que la poesía del poeta italiano se convirtió en una compañera inseparable. Nunca pude leer “Xenia II” en otra versión que no fuera la suya: *Del brazo tuyo he bajado por los menos un millón de escaleras/ y ahora que no estás cada escalón es un vacío*, traduce con su fino oído. En una versión posterior corrigió: *De tu brazo bajé...*, aproximándose más al original que dice *Ho sceso, dandoti il braccio...* Pero como aquello de lo que uno se enamora, no pude quitar de mi horizonte la música de aquel acento en la

cuarta sílaba, moroso, meditativo, con el que, recordando a Drusilla Tanzi, su mujer, Montale corteja a la muerte.

Sus versiones del poeta italiano ponen en claro que la traducción de poesía no fue para Armani sólo un modo de conocer el sentido y la materialidad de una obra, sino un acto creativo de profunda generosidad. Prestó sus recursos estilísticos para dar vida en nuestra lengua a esa obra de exigente hermetismo que nos llega transparente gracias a la maestría de su voz. Octavio Paz calificó de “excelente” esa traducción (*Sombras de obras*, 1983). Cabría preguntarse en este punto cuánto de resignación y sacrificio hay en la traducción de poesía cuando es hecha por un poeta.

En enero de 1983 murió Raúl Gustavo Aguirre. Horacio y María Esther fueron esa misma noche hasta Olivos, donde se velaba al hacedor de la hoy mítica revista “Poesía Buenos Aires”. Al regresar a su casa, Horacio escribió uno de sus poemas más sentidos: *Amigo, ¿duermes? –murmuré. Ahora que sabes/ todo, dínos qué es la poesía. Ahora dínos/ que significa esta condena de palabras e imágenes/ y qué es esta memoria que nos lleva al naufragio/ con entrevistas islas donde habita/ una belleza inacabable...* Pido que retengan las palabras “condena”, “naufragio” y “belleza”, porque son notas que recorren toda su poesía: “condena” en cuanto a la fatalidad del escribir, “naufragio” por el precio que se paga al hacerlo, “belleza” por el premio que suele recibir quien lo intenta.

Como en toda relación entre un poeta mayor y otro más joven, siempre me pregunté si a Horacio le gustaba la poesía que seguí escribiendo después de aquel primer libro, siendo que, como es natural, continué explorando y bebiendo de otras fuentes. Un día, del modo más contundente, tuve su respuesta. En una entrevista de Antonio Requeni para el suplemento literario de “La Prensa”, yo había expresado que Alberto Girri estaba entre los poetas que

leía con atención. Esa misma semana recibí una carta de Horacio, encabezada con la seca expresión “A mi joven ex amigo”, seguida de unas consideraciones que me exhortaban a poner en claro mis preferencias.

Para quienes lo ignoran, Armani y Aguirre profesaban estéticas diametralmente opuestas a las de Girri y a las del otro contemporáneo que también practicaba el verso conceptual: Roberto Juarroz. “No hay poesía mental ni vertical”, recuerdo haber leído en una reseña del suplemento literario de “La Gaceta” de Tucumán suscripta por Aguirre. Es que tanto este último como Armani provenían de la escuela del sentimiento, mientras que aquellos otros practicaban una poesía de sesgo intelectual. Era –para decirlo con un tropo literario- un “Florida y Boedo”. Se trató de un episodio que luego aclaramos, pero ese día supe que Armani había tomado como una traición mi admiración por el poeta de *Casa de la mente* (1968). Y también supe, de este modo indirecto, que valoraba mi poesía.

El 27 de octubre de 1988, en el salón principal del Palacio Errázuriz, nuestro poeta hizo su público ingreso a la Academia como académico de número, disertando sobre: “Intimismo y tono menor en la poesía argentina”. Retoma la idea de Eliot de que es preciso eliminar toda asociación peyorativa relacionada con el término “poesía menor”, pues “nada tiene que ver la grandeza de un poeta con su tono”. Admite que no hay una definición exacta de lo que se entiende por poesía menor, pero expone que tiene notas distintivas que pasan por el intimismo, la sensorialidad, la sugerencia del verso a expensas de su racionalidad, su carácter emocional más que la intención metafísica.

Se trata –señala Armani- de un tono de la poesía argentina que es revelador de una de las modalidades del hombre argentino: su vocación nostálgica, su mirada hacia el pasado, el culto a lo muerto, a lo desaparecido, el afán de revivir la vida del suburbio, el sentimentalismo. “Trátese de un tango o

de una zamba norteña –afirma-, los versos se duelen siempre, se quejan de la soledad, de un amor perdido, de vivencias rotas y frustradas. Nos damos cuenta de que las cosas valen cuando se perdieron; que algo fue hermoso cuando el tiempo lo hace irrecuperable”.

Yo escuchaba de pie, detrás de las últimas filas del majestuoso salón. A mi lado, Enrique Molina, también rezagado, me susurró al oído: “si llegábamos un minuto más tarde, nos perdíamos las palabras del maestro”. Sí, tal como lo relato: con el calificativo de *maestro* se refirió a Armani, invirtiendo las posiciones que, por naturaleza, les hubieran correspondido, ya que, siendo Molina quince años mayor que Armani, era él, posiblemente, el más indicado para revestir dicha condición tutelar.

Cierta vez disentí con Horacio. Fue cuando publicó *Veneno lento* (2002), que llegó a mis manos con palabras tiernas: “Para Silvana y Rafael con el afecto y el recuerdo que la distancia ahonda y revive con nuevas esperanzas este libro (¿último?) de su antiguo e insistente amigo, Horacio”. Los signos de interrogación que rodean al vocablo “último” no fueron, de manera alguna, premonitorios, ya que publicó dos libros más de poesía y una recopilación de artículos sobre Montale. En el poema que da título al libro, escribe: *Veneno lento es la poesía:/ lo que de vida hubo disipó/ destilada en la sangre gota a gota/ y su victoria es un haz de palabras/ que sólo tú comprendes...*

No compartí dicho título ni esa calificación de la poesía. ¡Cuántas veces nos habíamos dicho que asistir a la poesía, como autores o lectores, era la mayor recompensa! No obstante, consciente de la congoja que encerraba el verso, quise entender la expresión desde el costado más amable de *remedio* o *pócima* y así se lo comenté. Pero Armani me respondió que no compartía mi exégesis. Ahora reflexiono que lo que él ponía en entredicho era la incapacidad

de la poesía para convertirse en un sentimiento que nos defendiera de los días grises, de las carencias y las derrotas.

Un hecho anecdótico parece marcar el origen de este temperamento. En su niñez pampeana –sabemos que Armani nació en Trenel, provincia de La Pampa- los trenes llegaban a su pueblo sólo dos veces por semana, y era entonces cuando arribaban los diarios y las revistas. Cuenta Armani que él se ponía cerca del diariero, en el andén de la estación, para ver si le regalaba alguna publicación que fuera a ser desechada por haber llegado rota. Pero –confiesa- “ese milagro nunca se produjo”. “Ir a tuntas, tentar el albedrío,/ buscar a Dios, perderse en los extremos./ La vida es siempre lo que no queremos”, dirá en un poema.

Creo no equivocarme si apunto que los años vividos en su pueblo natal le dejaron la sensación de lo inalcanzable: es posible concebir la belleza, pero su dominio es huidizo; es dable entrever a Dios, pero hay que merecerlo; la vida es antes un ansia que una realización; una metáfora más que un bien disponible. Aquella vida provinciana fue un telón de fondo de su escritura, dando lugar a una obra que fue escrita como explicación, reparación y lamento de lo que la vida opone a la construcción de un destino. Sí, era mucho lo que Armani le pedía a la poesía. ¿No es bastante –quisiera ahora poder reflexionar con él- su don para intentar comprender lo incomprensible?

Nuestro poeta irrumpió en la escena literaria nacional cuando la generación neorromántica del '40 ya había dado sus frutos. De ella recibe la enseñanza de musicalidad, ritmo y belleza verbal, mas no se limita a dicha influencia. Con un verso afín al lenguaje intimista del primer Molinari, con la enseñanza indisimulable de Vallejo para captar el sufrimiento, y animado por la respiración americana del Neruda de *Residencia en la tierra*, demuestra que

su preocupación no es el paisaje –ni aún en su perspectiva metafísica, como en los poetas del '40-, sino el papel de la persona humana en el paisaje.

La última vez que lo vi fue en ocasión del discernimiento de premios de un concurso que nos tenía como jurados. Con un hilo de voz (su enfermedad ya lo atormentaba), Horacio leyó los trabajos que habíamos seleccionado; destacó unos, valoro otros, los probó en los labios. Y valga esta imagen, porque él sentía que la poesía se prueba, en primer lugar, en los labios y en el oído, que es donde se percibe la respiración del verso, y recién luego en su dimensión semántica. Al despedirme, me miró con su sonrisa de niño grande que auguraba, pese a los accidentes, la continuidad y el triunfo de la poesía.

Ya en la puerta, me recitó unos versos suyos que dicen: *Al final del camino la poesía que amamos/ persiste en la memoria...* De esta naturaleza musical y plástica es su poesía. Canta a la vida para intentar explicarla, ausculta las raíces de lo argentino en aspectos solícitos como un patio baldeado o un mate compartido, expone su necesidad de Dios y también la pregunta acerca de Dios, escribe sobre el amor desde la doble intercesión de la persona amada y del paradigma de la poesía.

Artífice de este género de tradición venerable, Armani quiso que el poeta fuera aquel que trabaja para que las palabras transmitan su raíz emotiva, su savia cordial, restituyendo la vieja alianza entre la emoción individual y el sentimiento general, entre lo posible que nos constriñe y lo improbable que nos desafía. Así caracterizada -como experiencia del mundo- evoco la persona y la poesía de este escritor, periodista y traductor argentino que entre los años 1988 y 2013 ocupó en nuestra Academia el sillón que lleva el nombre de Francisco Javier Muñiz.

**Rafael Felipe Oteriño**

26/5/2022